

LUIS NATERA MAYOR
DOMINGO FERNÁNDEZ AGIS
JORGE LUIS MIRANDA

Sendas de voces

Obra Poética



LAS PALMAS, 1993

**LUIS NATERA MAYOR
DOMINGO FERNÁNDEZ AGIS
JORGE LUIS MIRANDA**

Sendas de voces

Obra Poética



LAS PALMAS, 1993

© Los autores, 1993.

© de la introducción, Jesús Paez, 1993.

EDITA: Jorge Luis Miranda.

Telf. / Fax: 34 - (9) 28 - 24 25 67

Luis Antúnez, 46

35006 - LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

IMPRESO EN MULTICOPISTA: Red Rotary

MODELO: 1160

NUMERO DE SERIE: 38026337

Este libro se terminó de imprimir el 12 de Marzo de 1993.

I.S.B.N.: 84 - 604 - 5686 - 2

Depósito Legal: G.C. 87 -1993

PROLOGO

No quisiéramos comenzar estas notas de lectura con disquisiciones eruditas, pero en el panorama confuso o difuso de la lírica más actual, traspasadas ya todas las fronteras en saltos y conquistas, vencimientos y superaciones —de sí misma y de otros géneros—, en el fragor de la expresión cada vez más libre que contemplamos en las escrituras poéticas, sólo acertamos a ver, cual cimas de lava en medio de apagados volcanes, sobresaliendo, tres niveles de lenguaje lírico dominantes: el que conserva ciertas ataduras a lo clásico, el que se diluye en una expresión simbólica traducible y el que se elabora desde la irracionalidad surrealista cabalgando en lo hermético. Y en este tripoemario aciertan a colocarse —y no hablamos de un sentido espacial— esas tres tesituras líricas entonadas por tres voces que nos permiten degustar sabores diferenciados. Y, como en última instancia, la poesía sigue y seguirá siendo lenguaje, he aquí un conjunto triple de signos, tres lenguajes poéticos susceptibles de desvelamiento, de lectura. Porque, en acertada expresión de Oscar Tacca, *«leer, literariamente hablando, es entrar en posesión de los signos de un código gracias al cual podemos penetrar en el entrañable mundo que conlleva el mensaje de la obra.»*

Estamos ante un libro de poemas firmado por tres autores diferentes, pertenecientes, cronológicamente, a tres generaciones y que proceden de estirpes poéticas distintas. Sin embargo, les une el hecho de que son, más que «écrivants», quienes, en la terminología de Roland Barthes, practican la escritura como forma de vida y modo de subsistencia, «écrivains», es decir, quienes conciben la palabra como un instrumento de comunicación, un vehículo de pensamiento, intentan dar a su escritura un matiz fuertemente individual y se enfrentan a la sociedad.

Debido a ello, este tripoemario se nos antoja semejante a un gran Concierto o una gran sinfonía lírica contemporánea de tres movimientos:

I.-ADAGIO: *Luis Natera, o la serenidad clasicista.*

La palabra lírica de Luis Natera tiene sus ascendientes en los valores clásicos: es humana, universal y verdadera. Poéticamente confesional, en una contenida actitud apelativa, de apóstrofe lírico, las vivencias, sensaciones y emociones emergentes de un sentimiento de paternidad —hilo emotivo conductor de sus versos— van fluyendo en poemas de acabada factura, engarzados y articulados intrínsecamente a partir de un motivo lírico que anticipa el título, a nuestro juicio poco afortunado, en tanto que su expresión inmediata, directa y prosaica no es congruente con el rico y poético universo temático al que quiere referirse, sino que apunta más hacia la actitud del poeta y a la cobertura formal en que encaja su poemario.

El conjunto obedece a una perfecta y típica articulación en que pueden reconocerse tres partes que se corresponderían con la clásica estructura de:

- a) Planteamiento —«*El Padre*»—, especie de exordio en que se manifiestan las intenciones.
- b) Desarrollo —todos los poemas centrales que conforman el nudo de las «*conversaciones*»— en que van desgranándose las cargas emotivas y los deseos del yo poético.
- c) Desenlace —«*El hijo*»—, respuesta y conclusión al tema lírico desarrollado.

Los poemas se presentan, pues, engarzados y girando alrededor de dos pivotes generadores de contenido y expresividad: uno de raigambre religioso-metafísica y otro de origen sentimental-emotivo, de manera que, en una muy particular vuelta de tuerca, en un intento de involución, se nos relata en palabra clásica, quasi profética y un tanto alegórica, cómo no es el padre quien modela al hijo, sino éste, quien, en su vivir y cotidianidad, va alumbrando el ser verdadero del progenitor-poeta que se quiere reconocer y revivir desde el origen ignoto y complejo.

*Volveré por tu infancia a las raíces
aunque ignoro los cuándoos y los cómoos,
los híbridos principios y las leyes
nacidos de supuestos arquetipos.*

Así pues, es una voluntad lírica plegada a lo concreto y personal, transferida desde una subjetividad muy humana, cargada de sentimientos, rozando levemente el sentimentalismo.

A partir del primer poema —a modo de preliminar e introito— en que se plantean las intenciones, van a sucederse las recreaciones líricas que el hijo simboliza y son apetencia del padre: así van revelándose la pureza, la inocencia paradisiaca, el idealismo y el afán infantil y esencial de conocimiento, los sueños, la cotidianidad, la inocente esperanza...

Todo ello, que en la expresividad de las metáforas y en la fluidez del léxico nos transfiere un mundo de vivencias y emociones palpables, sobrecoge a un tiempo, porque el mundo idílico, la visión pura e inocente que se desprende del hijo se sustenta en no sé qué fragilidad amenazada de rompimiento. Y, en efecto, esa ruptura se produce en la mitad del poemario, donde, en una especie de nueva expulsión edénica, todo se quiebra y se destruye, y el hijo, en su pureza e inocencia, no escapará a la maldición eterna.

*Hoy nuestra carne sirve de pastizal
al buitre, de nido amargo a la paloma
de hogar al malpaís. Y tú ni siquiera
podrás huir de la heredad de tu sangre.*

El final o desenlace se convierte en un desgarrado lamento esperanzador en que, desde la emoción, el padre confía en la plenitud del hijo. Pero no hay esperanza posible. Porque esta hermosa y lírica divagación quasi alegórica nos azota el rostro con los poemas finales, amarga respuesta del hijo, inveterado continuador de la estirpe castigada, imposible modelo en tanto que es copia

proyectada del hombre que le ha dado el ser para morir, del desterrado y maleado, del derrotado:

*En mí proyectas el nardo que azotaron
sórdidos huracanes de podredumbre...*

Es, traspasando el primer nivel de lectura, el drama de la existencia de los seres humanos que han perdido el paraíso, es, en clave patética definitiva, la trascendente y metafísica amargura del ser puro y esencial frente a la impureza contaminante de nuestro mundo, de nuestra agónica realidad. Todo ello conforma la estructura profunda, el sustrato de un discurso lírico elaborado con versos de rica literariedad, molidos con temperancia y ternura, compuestos en unas tonalidades de levedad y suavidad que son la impronta más reconocible de la clasicista escritura poética de Natera, en quien podemos decir que, dado el extremado regodeo lírico de su expresión, se cumple a las claras el consejo que declaraba Ezra Pound: *«No uses palabra alguna que no pudieras decir verdaderamente bajo una tensión emocional.»*

No es accidental, por otra parte, que la estructura superficial se nos muestre como una hermosa cobertura en un clásico «blank verse», de predominante, grave y elegante medida dodecasilábica de serena musicalidad, que se desliza con pasmosa, extremada y sospechosa facilidad, a través de ciertos registros religiosos y tonos proféticos que nos hacen centrar la palabra poética de Natera en la expresividad de los salmos y la escritura litúrgica, aunque se adivina también cierta voluntad de huida del tópico que generaría una escritura fácilmente sugerente.

Conversaciones con mi hijo es un dulceamargo diálogo que se instala en las lindes de lo poético a partir de la visión lírica de una realidad amarga expresada con la sublimidad de la palabra fluyente de belleza.

* * *

II.-ANDANTE: *Jorge L. Miranda, o el alegorismo hermético.*

La poesía de Miranda se muestra más próxima a las vanguardias, encallada en lo hermético, respondiendo a ciertos modos del surrealismo sin llegar al «automatismo psíquico puro» bretoniano, pretendiendo no transliterar poéticamente la realidad, sino crear «otra» realidad que se convierta en realidad poética, es la típica lírica que no puede arrancar al crítico una interpretación unívoca, ortodoxa y canónica, sino que le obliga a traducir sus intuiciones y generar barthesianamente una «escritura de la escritura». Porque leer y juzgar esta palabra poética es dejarse llevar por la atracción de lo oscuro, de lo que se intuye y no es traducible, pero que cala en hondura por mor de la identificación y el carácter mágico de la escritura a medias entre la imagen, el símbolo continuado que deviene en sutil alegoría.

El auténtico núcleo del poemario, constituido por diez eslabones que conforman un expresivo poema alegórico, cuyo tono asertivo, narrativo y onírico son lo mejor del poeta y de su congruente propuesta lírica. A más de ello, se trata de una poesía ahistórica, envuelta en un halo y dimensión visionaria que seduce al lector por la fuerza expresiva que la sustenta.

La primera parte adquiere atractivo e intriga intuicionista desde su arranque, donde se nos presenta una figura central, el moribundo, en cuyo claustro nos adentramos. Nos invade una intensa emoción al hollar, simbólicamente, ese recinto cerrado que es el poemario de Miranda al que accedemos a través de la apertura de sus páginas y de su lectura. Esta imagen por sí ya imprime el mejor y mayor valor al conjunto de poemas.

Tras pasados los umbrales del libro-claustro, acompañados de esa figura alegórico-dantesca que es el Moribundo, accedemos a una especie de «waste land» que nos atrapa por su lírico misterio:

*Un moribundo cruza la llanura
pedregal, reclina sus pies
sobre una roca, observa
el paisaje, espera a su presa,
le mide el silencio.*

En la continuada lectura, vamos entrando en una especie de ficción poética a la que el lector debe abandonarse dispuesto a compartir con el moribundo el cúmulo de sucesivas emociones que la soterrada alegoría conlleva.

Este moribundo supone una figuración poética que comporta una inmediata y aproximada traducción del «*dasein*» heideggeriano, un «ser-en-el mundo» para morir, un alienado por el contexto cosmológico, el hábitat, el ecosistema, el medio; en fin, el propio hombre.

Una verbal e irreal imaginaria expresionista que se asienta a menudo en el contraste de lo terriblemente letal (e.g. «Frescos encriptados en ceniza»), frente a lo ácido sublime (e.g. «Un sol rayado de limones») nos depara identificaciones íntimas con esa figura que encarna la muerte preanunciada desde la raíz, lo efímero, la insatisfacción, la nada. Todo ello ofrecido en breves, sostenidos chispazos líricos que persiguen la plasmación de la inutilidad del ser, el nihilismo, la caída «apriorística» de sí mismo en sí mismo por parte de sí mismo:

Lo sabes:

Tu destino

es derrumbarte al fin

en el último aliento de tu entraña.

Es, en definitiva, la afirmación del fracaso de todo lo que es palpablemente valorable: de la vida misma al sexo, de la belleza o la naturaleza al instinto perpetuo de resurrección. Todo es nada. Una nada «de raíz y de tumba», en expresión nerudiana, que se constituye en tema obsesivo para el poeta.

Y, aunque roce lo paradójico, porque no hay expresión más clara, en el fondo, que la expresión hermética, Miranda, consciente o no, nos propone en unos acertados y significativos versos las claves de interpretación intuitiva de toda esta alegoría inquietante:

*Era la nada
encerrada en un moribundo*

.....

Nada.

*Era la nada encerrada
y un moribundo en un claustro.*

.....

*Pero era ya nada,
entre sueños de vida*

Origen y final, vida-muerte, principio y fin están conviviendo en relación dialéctica en muchas expresiones que conforman el mundo léxico de los poemas, dando lugar, en su eficaz expresionismo, al logro de un clima o atmósfera de pesadilla, de extraño onirismo, de realidad real, como los sueños.

El lenguaje adquiere una dimensión semánticamente ritual y los versos, completamente, anárquicamente libres, si bien cuajados de sorprendentes y muy expresivas imágenes, nos remiten a ecos de barcos ebrios rimbaudianos, porque aquí también el poeta es un vidente, escondido tras la sugerencia de la palabra.

Sorprende esta expresión racional, casi narrativa, enunciativa y vivaz, nada titubeante en el decurso del alegorismo que no da pábulo a la reflexión ni a la esperanza. En absoluto. Es el triunfo de un nihilismo contundente que se convierte en una reacción acusadora más o menos explícita de todo el género humano.

* * *

III.-ALLEGRO MA NON TROPPO: *Domingo Fernández Agis, o la lírica de reflexión escéptica e irónica.*

El tercer autor que incluye este poemario no podrá negar nunca su filiación filosófica. En él la escritura es un íntimo monólogo reflexivo unas veces, un planteamiento personal especulativo y prospectivo, otras.

Como afirmaba Unamuno en su «Credo poético», Fernández Agis «piensa el sentimiento y siente el pensamiento». Su poesía, transmutada en una conciencia del «yo», consigue que la reflexión sea llevada a los dominios de la emoción y ésta, audazmente, a los dominios de lo reflexivo. Por ello, en la muestra que nos depara, que no constituye un libro de poesía articulado y cerrado como las de sus compañeros, se disgrega en dos partes independientes totalmente la una de la otra:

a) *Líneas de fractura*: La estructura formal del poemario se abre con este revelador título, bajo el que se nos ofrece un conjunto de aforismos más cerca de la filosofía que de la poesía, pero donde es indudable que se siente el pensamiento. La propuesta de Fernández Agis en esta parte de su poemario es, quizás, la más innovadora y, por tanto, la más discutible desde unos presupuestos ortodoxos. Porque aquí se nos proponen reflexiones filosóficas ancladas en principios comunes a los que se retuerce un tanto para exprimirles un matiz, una «nuance» que deviene en un aplastante escepticismo y que se expresan arropadas en una frase, un sintagma, una palabra coloquial que al mismo tiempo se alinea ofreciendo un sorpresivo contraste con los planteamientos gnoseológicos que la presiden. Por ejemplo:

Siempre hemos de buscar la paz contra alguien o contra algo. Es muy triste esto.

No despreciando contaminaciones prosaicas, bajo los asertos, que parecen el zumo agrio de una voluntad especulativa acerca del ser y el estar del hombre en el mundo, se adivina una obsesión por fracturar las engañosas ortodoxias, el orden establecido, los presupuestos de una filosofía coherente, dogmática y rechazadora de la entropía. Por ello, el filósofo poeta acude al agudo y controvertido aforismo de Salvador Dalí, el genial epatador, que defiende el ruido —en Teoría de la Información, todo aquello que perturba la

comunicación— frente a la redundancia, la confusión frente a la claridad. Podríamos decir que, como Unamuno, el autor pretende «remover conciencias», proponer puntos de discusión acerca de actitudes y absolutos culturales, susceptibles de revisión. Y asentando estos aforismos en los dominios de la poesía y no en los de la filosofía, Fernández Agis no actúa como especulador de la verdad, sino como creador de ella, pues, en la inteligente apreciación de Ortega, no se puede decir que el poeta persiga la verdad, puesto que él la crea.

El mundo poético de Agis es el de la reflexión y el de la inteligencia, pero cabe preguntarnos si correlativamente es el de la lucidez lírica y el del equilibrio estético. Con sus aforismos, Fernández Agis quiere asimilar en cierta manera expresión filosófica y poética, y en verdad consigue asimilarlas, haciendo que recordemos a Heráclito o Parménides, a Nietzsche o a Pascal, estilistas del pensar, descubridores de íntimos fenómenos en el cosmos espacial o en el cosmos humano, artífices de una poesía del conocimiento.

b) *Secuentes*: Supone una gavilla de dieciséis poemas donde se piensa el sentimiento, expresado en estilo culto, vivaz, afectados de una «eironeia» que también le proviene al autor de su formación filosófica. Ironía que le lleva a expresiones sarcásticas o a una audaz definición de la posmodernidad («Ensalada templada\ de ajo y mandarinas»).

La expresión poética se carga ahora de un autobiografismo («Es mi vida esta larga, largísima caída», son las primeras palabras que leemos), de cierta actitud confesional y reflexiva que intenta conovernos con la desesperada búsqueda de una salida noble, la necesidad de romper los estrechos e inevitables lazos con la mediocridad que hace autodefinirse al yo poético como «sustancia errante, aberrante y menguante», generando en la mayoría de las composiciones un íntimo monólogo que roza el joyceano «stream of consciousness» véase los divagadores versos de un divagante poema: «Exilio».

Porque Agis elabora una poesía que reflexiona desde dos campos: el de una cultura y una sociedad denigrada (radiografiada en abstracto y en concreto en los versos de varios poemas de expresivo título: «Juguetes rotos») y el de una personalidad denigrada, víctima del vacío, de la futilidad y el inmovilismo, una personalidad que se sustenta en la caída. El mejor ejemplo es el sugestivo

y doloroso poema «Tiempo», expresivo r.o ya de la vida como una situación límite, sino de una «ilimitada situación»:

*Caer, caer sintiendo un horroroso pellizco
(en el estómago*

Caernos por el hueco de una escalera

Con principio y final desconocidos.

Todo en el yo poético apunta hacia una lucha por vencer «l'ennui», el tedio baudelaireano, la constante dialéctica que conlleva la persistencia en la cuadrícula y el deseo ferviente de salirse de ella. Los poemas, tras los inevitables planteamientos de sus estados de ánimo, se convierten en gritos de rebeldía o en exabruptos irónicos que pretenden «épater le bourgeois»:

*¡Dejadme, al menos, recorrer a mis anchas el erial puro de esta
evangélica pobreza!*

o como expresa patéticamente en otro momento, desde su inconformismo y su deseo de independencia espiritual:

*¡Permitidme, al menos, que me abandone a los gozos sin hora lugar
ni método, dejadme escapar de la felicidad impuesta, liberarme de la feliz
concertación!*

A partir de su escritura, el poeta consigue materializar el profundo mito de su existencia, de su íntima experiencia personal. La totalidad de su discurso poético, expresado en el más osado versolibrismo que lo acerca a menudo al poema en prosa, sin convenciones métricas ni rítmicas, bascula, sin embargo entre las tonalidades escépticas que le conducen a la ironía o las tonalidades sarcásticas que le deparan el escepticismo. Todo es desilusionante, al fin, porque para el poeta somos «siervos de la locura», tal cual resume el título de un magnífico poema que, tras una enumeración de imágenes en las que se adivina el hastio, como en el «Walking around» de Pablo Neruda, culmina planteándose la posibilidad de resurrección desde lo negativo.

La aleación de pensamiento y sentimiento determina frecuentes composiciones de tonos más poéticos, rezumantes de amargura, como en el que, sin duda alguna, juzgamos el más lírico de entre los poemas de *Secuentes*, el titulado «Para Sera», intensa elegía, donde se plantea el sutil tema de la muerte absoluta, de la nada absoluta después de ella, porque, desde un agnosticismo y un escepticismo meridianos, la muerte es silencio infinito.

Quizás lo único que luce como positivo en el amargo y gris universo de Agis es el amor, el sentimiento amoroso que se describe y se trasluce en varios poemas («Atman y Braman», «Ya estoy aquí», «Jaume Sisa hizo para ti una pajarera en un jardín») y que tiene una hermosa concepción como sentimiento eterno en el poema «Nefertitis»: el amor como idea, desproveída de materia y de tiempo, amante eterna, mito del amor, y por ende, eterna amadora.

Esta poesía de introversión, escudada en la amarga ironía, exaltadora del romanticismo, de la alegría de los cómicos, de la fuerza del amor y del deseo acaba por superponerse a los intentos de especulación filosófica que Fernández Agis deja escapar sin contenerse. El predominio del sentimiento, de la emoción, por amarga que ésta sea, por encima del racional criticismo, sigue siendo el triunfo y el acierto de la idea pascaliana: el corazón tiene razones que la razón no conoce. El poeta lo ha intuido y se ha dejado ganar la batalla, pese al intelectualismo que se cuela en algunos poemas. Y ello es encomiable.

Concluida la lectura de este Tripoemario, tras haber degustado la variedad de sus sonos temáticos y formales, aún batiendo en el aire las melodías propuestas, se hace el silencio. Pero no es un silencio vacío, sino plétórico de notas y pulsaciones, es «un no sé qué que quedan balbuciendo» que consigue llenar nuestra carne y nuestro espíritu de una inusual serenidad.

Aplaudimos con excitación entusiasta, porque, expresada en el código que sea, desde la verbosidad, el hermetismo o la indagación filosófica, siempre habrá poesía.

JESUS PAEZ

Luis Natera Mayor
CONVERSACIONES CON MI HIJO.

EL PADRE

I

Naúfrago de tus ojos me pregunto
si será la memoria mi asidero,
el eslabón perdido que reclamo
para arribar al fin a alguna orilla.
No sé que geografías dibujaron
sus ríos y sus valles en la niebla,
ni recuerdo el sonido de los verbos
que iniciaron su acción entre rumores
engarzando la música a las piedras.
Hubo tal vez un beso memorable
que irrumpió en el silencio de los astros
y generó la vida sin saberlo.
Me pregunto si el tiempo que heredamos
desemboca en tus ojos. Sólo en ellos
vislumbro de nuevo los orígenes
donde retoñan ínclitas leyendas
empañadas de cifras y de nombres.
Cada parte del todo primigenio

embosca su verdad en algún eco
que retumba en la noche. Cada ola
es trasunto del misterio del agua.
Cada volcán un himno que vomita
miedos incandescentes por la boca.
Volveré por tu infancia a las raíces
aunque ignoro los cuándo y los cómo,
los híbridos principios y las leyes
nacidas de supuestos arquetipos.
Intuyo en tus pupilas las razones
secretas que todo lo esclarecen.
El exilio no puede perdurar
cuando el ansia de luz forja profetas
o virginales playas prometidas
como esta, al fin, azul, que me recibe
en sus brazos de arena. Vuelvo a Itaca.
En realidad nunca dejé la tierra.
Sé que el espliego va a resucitarme,
que me pronuncia el sol y me cosecha
tu amantísima voz y los esfuerzos
de la palabra unánime que enciendes.

II

Niño puro
en el jardín hibiscos,
amor sin partitura,
página en blanco
donde el abecedario no se ha escrito.

Las orillas crispadas de mi mar
no te alcanzan
y te evitan los ojos arenosos
de mi paternidad insolidaria
por no sufrir la hora
en que el dolor hostigue tu inocencia.

III

Con el primer deseo
empezaron las rosas a esculpir su destino
en el arcano de los sueños.
el rumor ebrio de la luz
que el propio Dios creara
agostó la pujanza de lo eterno,
y aquel primer jardín
donde el hombre moraba
ensombreció de súbito la alianza
que la noche deshizo.

Sólo el niño que eres atesora en sus ojos
la fugacidad del paraíso.

IV

Cuando bajo a tus ojos todo lo veo distinto,
se me agachan de súbito los humos y se forman
castillos en el aire para que los defiendas
con puños y rodillas contra el miedo,
para que los encales de preguntas
hermosas y los tiendas en la arena.
Empiezo a ser vasallo de tus sueños
cuando ocupas mi noche cada noche
a la hora del beso, cuando dejo
mi nombre en tu mejilla y me desprendo
del arsenal de escombros que poseo.
Todo vuelve a gritar desde tu altura
cuando bajo a tus ojos y me enciendo
como las chimeneas en invierno.
Por vez primera disfruto la derrota
con orgullo de sangre y gesto altivo.
Sólo me duele el tiempo malgastado,
las horas negras que viví de espaldas,
el cielo que no vi, el tiempo, el tiempo.

✓

Todavía los astros no te han visto
aunque saben de tí. Ayer bajaron
algunos en silencio hasta tu cuarto
y echaron un vistazo a las tortugas.
Todavía no saben de tu horario
de sueños, pero siempre se preguntan
por la nomenclatura de tus alas.
Si pudieran caer como el rocío
y salpicar un poco nuestras sombras
cuando vienen a verte. Todavía
no saben que tus ojos los esperan
ávidos y redondos cada noche.
Los dejaré pasar en nombre tuyo,
cuando vengan de nuevo. Les diré
de tu parte que tú si sabes de ellos.
Porque el sol, que es tu padre, te lo ha dicho.
Al fin y al cabo la familia siempre
pesa más en el cuerpo que la vida.

VI

Como a veces el tiempo
se diluye en los trenes
o el azúcar impregna
el zumo de dulzura....
Como Luis en la calle
o Miguel en la casa,
como el asfalto ruge
el vértigo de todos....
Como los tulipanes
de mamá en el búcaro,
como la vieja arruga
acicala su rostro....
Como queman los libros
los ojos en la noche
como Pablo se sienta....
Como se posa Dios
en el árbol del hombre
y deja que su vuelo
se pierda en el olvido....
Como tu lloras,
como yo sonrío,
como cantas o mueres
cuando beso tus labios,
hoy huele a infierno
cerca de Babilonia
y hasta los cormoranes
se han vestido de luto.

VII

Miguel, descansa tus ojeras
en el alba blanca.
Moja tus pies en el agua que ríe,
en las sábanas vírgenes,
en el sueño que invita
a creer todavía,
a esperar todavía,
a vivir todavía
aunque muera la luna
y lloren los otoños.
Bebe del corazón
como Pascal hacía
y vístete de acanto.

VIII

Circunscrito a la chispa que de tus ojos
antiquísimos es huérfana y hermana,
sujeto a ella por un río de sangre
que escribe o grita mi delirio en la niebla,
involucrado, sumiso a su destello
abro las puertas de la historia y la casa
a la celebración del estro pródigo
que alumbra los manteles. Hoy vuelves, hijo,
a ser fonema y canto, polifonía
del exilio en la gran noche del encuentro.
A tí me debo. Libaré en tu colmena
con esmero la plenitud de tu nombre.

IX

¿En qué azules bañaron tus ojos limpios
que así de hermosos nos brindan el asombro,
y así de oscuros iluminan la noche?
Dinos de dónde vienes, sobre qué labios
ardientes se posó el beso donde habitas.
Háblanos de la espuma que naufragó
contigo, hijo del mar, paciente niño.
Ponle nombre a tu origen, fecha a tus manos
rúbrica al hombrer que solo y entre ruinas
aún se tiene. Escucha por lo menos
el eco de los muros que me albergan
y cubre mi piel con tu manto de yedra.

X

Pero ningún deseo ve la luz en la noche
porque nada entre los hombres es ya bueno.
Ni la oscura semilla arde de gozo
al contemplar la aurora, ni el viejo afán
de ser árbol hermoso llega a dar fruto.
Andaremos un tiempo sobre la parda
alfombra de la tierra muertos de miedo
en la grata compañía de los juncos.
Hoy nuestra carne sirve de pastizal
al buitre, de nido amargo a la paloma,
de hogar al malpaís. Y tu ni siquiera
podrás huir de la heredad de tu sangre.

XI

Aunque sí, porque tu risa es un venero
de plata y tu cuerpo un volcán de gozo
en mis horas vacías, de desamparo.
No podrás vender a nadie tu alegría
Ni el agua libre se estancará en un pozo.
Saciará tu pujanza la sed del fuego,
el día será aire, la noche luna
y los hombres dejaremos las ciudades,
las plantaciones yermas, el terco miedo.
Serás el ojo, arco de medio punto
que ve morir el río —hilo de amor
que fluye bajo el puente— justo en el mar:

EL HIJO

I

No lavarás tu agrio dolor en el mar
porque el cerco de la rosa es implacable
desde el primer latido. Nace con ella,
bulle en el centro de todos los aromas
aunque es cárcel maldita de lo efímero.
¿Por qué te engañas si apenas soy tu espejo,
tu voz de vuelta, el doble de tu sangre?
¿Por qué transformas los sueños en milagros,
tu amor en besos y rompes la clepsidra
con desesperado gesto ante mis ojos
contaminados?, ¿Por qué me llamas niño
si voy también camino de los páramos?

II

Mi primer recuerdo tuyo es una hoja
caída al mar y una mirada tierna.
Eres tan culpable de mi pie pequeño
como de casi todas las metáforas
que se me pegan todavía a los ojos
cuando salgo a la calle. De lo demás
creo que no debo hacerte responsable.
Te da casi todo igual menos noviembre
y el pudor rojizo de las amapolas.
Aunque sé que intentas dilatar los sueños
de tu infancia remota, sé que lo haces
con candor de niño. Por eso te quiero.

III

En mí proyectas el nardo que azotaron
sórdidos huracanes de podredumbre
y lodo, como si fuera yo el olvido
imprescindible, la estructura del sueño
en el que arde todavía la sombra
de todas tus derrotas. Mejor harías
difuminando el humo, esclareciendo
el aire, hurgando en ti la evocación
del aromas, del blanco en la montaña
hollada por tus pasos. Mejor harías
reconociendo el fondo desde esa luz
que enciendes cuando te asomas a mi nombre.

IV

Mantén ausente tu queja, no la llores
sobre esta noche imberbe que he recibido
al asomarme a las olas, al oírte.

Considera que el legado de tu amor
no puede desligarme de Prometeo
ni acudir a mi galaxia de ese modo
enfermizo que ningún mortal desea.

Tu sabes que el destino no llamará
a mi puerta para ceñirme de lunas
ni preguntará por mi jamás la vida
cuando mueran los héroes. Soy tu relevo
pero déjame avanzar sin agonía.

V

Te quedo yo, lo sé y algunos poetas
apuntalando la muerte en los espejos.
Aunque guardes mi foto en la cartera
y engalanes los crepúsculos de sangre
azucarada, no trocarás el aire
a fuerza de consejos, ni la ciudad
será habitada de pronto por la aurora.
Insistirá la noche en contarme cuentos
increíbles, como los que tu inventabas
haciendo salir palomas de un sombrero
inútil, agujereado de sueños
por los que se escapa el tiempo todavía.

VI

De momento, padre, dejémoslo aquí:
un cuerpo frágil en medio de la calle
dispuesto a ser, decidido a esgrimir
armas o flores, realidad o deseo.
Ni el peso de la duda ni el negro asfalto
abatirán el vuelo de los pájaros
que te hacen apostar contra pronóstico
por cotidianos enigmas que remueven
lo que nunca se ha dicho. Dejémoslo aquí
por respeto a los ríos y a los árboles,
por consideración al agua de lluvia
como último homenaje a las estrellas.

Jorge L. Miranda
CLAUSTRO DEL MORIBUNDO

I

Un moribundo cruza la llanura
pedregal, reclina sus pies
sobre una roca, observa
el paisaje, espera a su presa,
le mide el silencio.

Bebe ahora sus ojos,
ya acerca sus manos
a la lumbre del sol, empapa
sus manos transparentes en ceniza,
vive.

Cualquier lugar
le descubre la visión de las cosas,
su huella inscrita en la piel
rasgada.

En la hondura de un pozo
descubre luz vegetal, naturaleza erguida,
resistiendo, envuelto en sombras.
No conoce, no palpa, no ve.

Sólo aquel que fue moribundo
conoce los caminos
del día, deshecho en fuego,
en el aire desierto.

Tan hondo el dolor de los días.

II

Horado en el sueño impregnado de tubulosas raíces, racimos apretados en el verdor de un paisaje nuevo; esculpido bajo la Gran Cúpula, encubre al moribundo, fustiga su piel rasgada ahora, pica la vena endurecida o duele.

Allí sus racimos —piernas y brazos— espejean la mirada. Un sol rayado de limones dulcifica su sabor. Frescos encriptados en ceniza, le recuerdan en que mundo actual vive, la ceniza fresca de abandono que le invade la memoria, algún tiempo ágil, hoy a flor de piel y desnuda.

III

En el salado embrujo del mar
fundó raíces la agonía.

Misera tierra que reverdece
muerta: la enfurecida brama
agolpa lava sumergida,
superficie donde el duro tallo
da vida y engaña a lo próximo.

La esperanza frágil: lo eterno
de la flor incrustada en el aire.

IV

Has descubierto el Niágara.

La obsesión, al final, penetra por tu cuerpo
en este instante frío, cuando elaboras ritos,
imágenes en tu mente dolorida
de soles anónimos desnudos
con tu única mirada.

El Apócrifo dueño de tu sombra
sobre el lejano sueño se desgrana,
empapa la lujuria
que florece tu cuerpo
y lo envía a la nada.

Lo sabes:
Tu destino
es derrumbarte al fin
en el último aliento de tu entraña.

V

El afamado gozo del sueño
arriba en sombra.

El paisaje se cubre,
furtivo:
Un color silvestre
emancipa la hierba.

El pálpito de carne
recuenta horas, tiempo
descubierto ahora,
vida escapando a vida
penetra en la cueva
de tu festivo
sexo.

Sientes ya
un delirio que despierta.

Y llevada en una cesta
espera deshacer restos
entre el mimbre,
tira la corta vena de lujuria
que empapa rocosas y febriles huellas.

Sanando el frío volcán de lava ardiente,

tropieza en llanura seca.

El mundo a tu frente.

Enérgicamente
el delirio asoma tu puerta.
Acercas tu lengua
a la sangre, entre sus
gritos de sudor que se desploman
de su círculo infernal, chocan en afrenta
tenaz, dormida como un sueño
real, ves sus senos,
tocas amasando piel.

¡Ahora una víbora retuerce su cintura!,
solar que desaparece, espejo
te aleja de su cuerpo
abrigando en manos
la congoja de sueño en otro sueño.

VI

EL INSECTO Y EL MORIBUNDO

Una minúscula mariposa atrae
la mirada del moribundo.

Da una vuelta en el aire:
es su modo
de reconocer el paisaje.

Finalmente,
se posa en una esquina
del falso muro de la pared,
atenta a los movimientos
de aquel animal monstruoso,
que le acecha:

Mueve sus alas luminosas, vuela.

El moribundo avanza.

Sus enormes zapatos
alcanzan a la presa.

VII

Era la nada
encerrada en un moribundo
arropados frentes de miseria,
silente embrujo de agonía,
donde se hacía presa
el manifiesto de su imagen.

Así marcaba el paso, de llevar
la muerte, mano a mano, encima.

Nada.

Era la nada encerrada
y un moribundo en un claustro.
Cubrió su pena con la manta,
con la piel, que la liebre que cayó,
dejó a sus pies.

Sufrido esternón inyectado con la savia.

Pero era ya nada,
entre sueños de vida,
restos de sangre,
fatal y azotada,
(tienen la muerte
en manos beatas).

El moribundo seguirá siendo moribundo,
sigue caminando sobre cardos
que le agujonean la entraña
o duele.

VIII

El moribundo espejea
la flor y su simiente,
imágenes de santos,
virutas de fuego,
curas como generales
azotando la brisa,
el temblor de un nuevo hijo
resistiendo.

Se empapa de luz vegetal,
talla la raíz ignorada
del tiempo.

El embrujo del día le reconoce.

Es ya otro, avanza
un espacio que le apresa
la mirada hacia la luz,
ardiendo en llamas.

Los sentidos son ya memoria
del recuerdo infernal en otra vida.

IX

Un árbol máché tronchado en el suelo,
paisaje japonés de lluvia tras-el-rito-de-la-lluvia,
donde
un tam-tam
hace florecer la última espiga
machacada por el sol amanecido de nuevo:

(Tres veces en este mismo día)

Y tras la lluvia
la brisa despeja
ramas mineras en bronce restaurado,
descubre el lago-parterre, humedecido.

(Tan sólo siete metros de arenisca
empotrada a leñazos de martillo)

Se desprende un árbol abatido
que intenta renovar sus hojas.

X

El mar es una frase
alargada en el tiempo
donde el moribundo se tiende.

Unas esposas como llaveros
cuelgan de su brazo:

Donde desvelar las claves de su pasado,
si observa sin rostro
cuerpos flotando en el espacio.

A qué ámbito huir
si su mirada nos acecha.

Domingo Fernández Agis

I

**LINEAS DE FRACTURA.
DIECISIETE AFORISMOS MIOS Y UNO
PRESTADO.**

I

Una teoría del conocimiento y del ser que busque, no sólo la intuición, sino la posesión, el goce, la degustación de la verdad (lo conocido tal cual se nos manifiesta), no puede admitir jamás la **comparación**.

II

La risa es la afirmación de la subjetividad, el desafío al futuro, el futuro mismo, por lo que supone de aniquilación por distanciamiento del presente.

El llanto es la dispersión, el miedo, la negación.

III

Castigar y castigarnos: hay que castigar lo que no merece en realidad ni aprobación ni desacato, lo que nos tendría que resultar por completo indiferente. Hay que inventar algo para que siga fluyendo el ritmo monótono y triste, entre los tres compases: Padre, Pecado y Culpa.

IV

La autoconciencia es un imposible metafísico, ninguna de nuestras zonas psíquicas es traducible a otra.

V

Es lo mismo el Ser y el Pensar. Y la luz de la verdad suele cegar nuestro intelecto. Después del intento fallido de conocer la Verdad tampoco es posible guardar memoria de esa verdad corriente y moliente que tan bien nos vendría en ocasiones.

VI

La autenticidad es un puerto imposible, fuera del devenir del tiempo. Se llega a intuir su proximidad por los olores suaves y las calmas. Soplan los mejores vientos cuando uno está cerca y, buscando la entrada, encalla en los arrecifes.

No hay por qué quemar las naves, su final es seguro, su presente siempre incierto.

VII

La máscara social y la fe individual son miserables por igual.

VIII

Nuestra cortesía es miedo y nuestro afán por estar a la última, falta de voluntad para crear, para cambiar.

IX

Mantener que sólo los lingüistas pueden escribir sobre la poesía es como afirmar que el sexo femenino es patrimonio exclusivo de los ginecólogos.

X

Es curioso que se pueda entrar y salir así del «corazón de la verdad bien redonda». Parménides era una hormiga que, recorriendo la superficie, quería hacerse una idea de las propiedades de toda la naranja (Ser). Y yo soy un gusano buceador alado que, desafiando a los corrosivos ácidos, penetro en el corazón de la naranja y, casi aniquilado, vuelvo a salir por cualquier punto de su superficie. «NO es lo mismo el pensar y el ser», afirmo exhausto.

XI

Siempre hemos de buscar la paz contra alguien o contra algo. Es muy triste esto.

XII

La vida no puede ser comprendida, la razón es un capricho de la genética del que ya hemos abusado en demasía.

XIII

La vida nos parece cruel porque en los momentos de buen ánimo habíamos creído hallarle sentido.

XIV

Las neuronas asocian y la conciencia es el verdugo que disecciona.

XV

No se por qué la divinidad me arrojó a este mundo. Si es cierto que existe y que la realidad no es más que la mediata proyección de su pensamiento, habrá algún motivo para esta afrenta que no acaba.

Juega conmigo, ilumina a instantes mi razón para volver a dejarme entre tinieblas.

XVI

La lujuria no combate el desamor, la alegría no se inventa, la verdad no se copia.

XVII

«La confusión es la mejor forma de comunicación».

SALVADOR DALI.

XVIII

Cambios importantes:

En pocos años las generaciones de locos revolucionarios, de soñadores con ladillas, han perdido la poca honradez que les quedaba. El desencanto político es un epifenómeno, lo terrible ha sido el retorno de la moralidad establecida.

II
SECUENTES.
DIECISEIS POEMAS.

ESE SOL OCULTO POR LAS NUBES

Es mi vida esta larga, larguísima caída, este sinsentido de banalidad y cobardía, andar siempre en malos pasos, permanecer atado a la herrumbrosa cadena de las sensaciones.

No puedo libramme —¿en el fondo, quién querría hacerlo?—, ni siquiera a cambio de entregar la piel a quienes rigen esta tibia república de la carnalidad. No puedo renunciar a ti, negar y negarme, o volver a tu lado con el cinico orgullo y las energías de un converso.

Leopoldo Bloom se perdía a diario en el camino de regreso a su casa. Las calles de Dublín estaban pobres de luz y a él le faltaba el fuego interior, al parecer. Aquí no hay donde perderse. Tenemos roto el paisaje, hemos inventado ingenuas discontinuidades y propiciado fugaces espasmos de fractura neoclásica. Hay también alguna Capilla Sixtina de Humo Azul y gimnasios donde la piedad huye de prisa de su último refugio.

Sin olvidar los garitos, los muchos garitos de tres al cuarto, por los que discurren un Tígrís y tres Eúfrates de güisqui verde y ginebra de garrafa.

¿Me toparé con alguna Causa Determinante?

¿Llegaré a tener lo bastante como para sentirme seguro de mí?

No. Sé muy bien lo que ocurrirá. Permaneceré aquí, atado con firmeza al espanto general. Procurando integrarme silencioso en el mobiliario.

Rendiré abnegado culto a ideales petroglíficos. Me haré, quizá, devoto seguidor de la última versión de la Cábala, seré uno más entre sus estudiosos y tal vez llegue a figurar como oficiante. No levantaré la voz, repetiré frenéticamente los viejos ritos y llegará el día en que mi individualidad no sea reconocible, en que mi calva sea igual a la de mi vecino y mis muecas idénticas a las de mis más allegados codestructores.

Supongo que entonces, sólo entonces, tendré el valor suficiente, atesorado durante años en pequeñísimas proporciones, para realizar el último gesto, para reconciliarme contigo, Palabra Gastada, Vieja Dama Innombrable de Dudoso y Turbio Pasado.

PERDIDO

Tendré que recuperarme.

Creo que aún ha de estar por ahí la papeleta de empeño.

No hay nada de qué huir y si lo hubiera no existiría lugar alguno donde encontrar refugio.

Estéril vanidad, autocomplacencia, monopolio de la deformadora memoria que hace que mis hemisferios cerebrales se parezcan cada vez más al culo de una cajera cuarentona.

¡Dejadme, al menos, recorrer a mis anchas el erial puro de esta evangélica pobreza!

PARA SERA

«En el fondo del mar profundo
en la noche de largas listas,
como un caballo cruza corriendo
tu callado nombre».

PABLO NERUDA: «Residencia en la Tierra».

No olvido que en este año, el último del cometa,
te has ido, hermano, al silencio infinito.

No te puedo imaginar en lugar alguno, ni soñarte en
ningún espacio de placer o de paz.
Sólo he conseguido ver un destello volverse en un apagado grito hacia la nada.

No me valen las signos, no me engañaré
abriendo otros libros, ni buscando en otras orillas brisas favorables.
Ya siempre serás silencio.

También yo lo soy ahora para ti.
Yo que ahora sé que sólo podemos ser en la ausencia,
en el olvido.

EXILIO

Le he estado dando vueltas: ¿qué soy, un puñetero masoquista?

Me gustan los Beathles como ahora los escucho. Ha de ser así, jugué con ellos de pequeño.

Sería mejor guardar silencio, no quiero decir más tonterías. Nietzsche sostuvo, y siempre le creí, que hay que saber callar el tiempo suficiente.

Mi culturilla de rastrillo y tardes a dormivela se desmorona, la escritura es magnífica, tanto como la vida, ser hombre, lo mismo, aunque ya estés a un paso de dejarte convencer de que el machismo es estúpido. La virilidad tampoco está tan mal, y los signos que llenan este folio están escritos alrededor de otros signos que rodean a una acracia y quieren decir esto: las lamentaciones, Fray Spinoza dixit, están fuera de lugar.

Me pregunto cómo, en estos días que se alzan para dejarse caer en la nada, he podido yo, sustancia errante, sustancia aberrante, sustancia menguante, garabatear este renglón que parece un todo significativo.

Ni la brujería puede salvarme, nada, nada puede ya salvarme.

¿De qué? No quiero seguir trabajando, no quiero seguir pagando. Tampoco estoy dispuesto a desprenderme de nada, estas cosas, que me hacen tener siempre la misma cara, son lo que soy yo.

Me han atrapado, me he vuelto sensible, vulnerable a lo que lo son todos los demás, aquellos que engordan como yo, esperando entre eructos el final de los tiempos. Aquellos elefantes sin colmillos, que se siguen inflando porque hay un niño tonto soplándoles desde adentro.

¡Permitidme, al menos, que me abandone a los gozos sin hora lugar ni método, dejadme escapar de la felicidad impuesta, liberarme de la feliz concertación!

Pero, al fin, a qué tanto esfuerzo si soy un ángel con las alas rotas yo.

Sí, sí, y también tengo plumitas en la entrepierna.

Pensarás, seguro, que vengo de allí, de los confines del cielo,

¡Que bien te aprendiste el libro de Tercer Grado! Pensarás..., ¡Pues bien! has de saber que no soy rubio, ni azules mis plumas, que no soy capaz de entoñar cántico alguno, que las plumas son alquiladas y que no sé tocar la trompeta. Descuida amigo, no he venido a anunciar el Juicio Final.

POSMODERNOS

Posmodernidad,

¡No es posible!

¡Sí!

Ensalada templada

De ajo y mandarinas.

NEFERTITIS

He amado a Nerfertiti,
Quizá tu mismo lo consigas.
Olvidate de las vendas
Y de los jirones de pellejo
Adosados a los amarillos huesos,
La mujer de Ejnatón ya no me interesa.
Rindo culto al modelo que la Naturaleza, indolente,
Persiste en repetir para mi fe.
Nefertiti es uno entre sus muchos nombres.
Hace mil quinientos años ya había sido amada muchas veces y,
Si como los dinosaurios no se extinguen también los amantes del amor,
Puede que sea amada eternamente.

TITULO

Criptas húmedas y tersas
Atmósferas en las que respirar blanca limpieza
Yermos parajes que hacen más liviano el peso de la cordura
Agnolottis puestos a secar sobre la hierba,
Tendidos en el puente que a diario cruzan miles de faldas vaporosas,
O marcando los espacios y contrastes del callejón que sube a la Alcazaba.
Caminos, fronteras,
Horizontes infantiles,
Tierras de nadie,
Lugares de encuentro,
Piel,
Asperas aguas a las que abocan los salados ríos de la desesperanza.
Materia de los nidos del amor
Y las mortajas.

ATMAN Y BRAMAN

Desde aquí mismo, con el poco aliento que aún me queda, yo lo proclamo:
Eres el principio áureo, único,
Superior al mismo ser.
Desde tí y por tí creces,
Trascendida estás en tí.
Eres transtodo y todo eres para mí.
Raíz y fin de lo que es,
Casi llego a tocarte y no sé pensar en tí.
Ninguna palabra,
Ningún predicado conocido es digno de tí.
Y aun así, soy con otros la realidad interior sobre la que derramas el ser.
El yo íntimo que no coincide con el pensamiento ni con su expresión.
Si te repliegas sobre tí misma,
Si yo me abro a tí,
Si me abandono, olvido mi nombre y me dejo poseer,
Seré en tí una forma más de la Nada o el Absoluto, que en ningún lugar se encuentra.
Estaré muy lejos de las almas y los cuerpos.
Seremos una última pasión, abominable y desesperada,
miserable y dichosa.
Interiorización del Brahman
Universalización de Atmán
Yo cósmico
lo divino, siempre presente, eternamente fugaz e inesperado.

SIERVOS DE LA LOCURA

Premoniciones oníricas

Símbolos de las oquedades del alma.

Murciélagos prendidos de mis más antiguas obsesiones.

El sueño no es la deyección de la vigilia, ahora lo sé.

Camino,

¡Peor que una pesadilla huele hoy esta ciudad!

Conflictos metaforizados

Eccemas

Estigmas

Metamorfosis de días anodinos y angustiosos.

Neuróticos que no pueden soñar porque viven yuxtaponiendo instantes de una misma mañana de tinieblas.

Si eres dueño de tu suerte,

Si eres un perdedor declarado,

Si puedes caminar sobre un alambre,

Si sabes de noches pútridas color pastel,

Retumbará en tu cabeza la sórdida armonía de los aceros rotos

Y tal vez, al menos tú, consigas sacar fuerzas de flaqueza.

JUGUETES ROTOS I

Intra, Proto, Sub,
Prefijos disociados de toda imagen
Ajenos al olor,
En la frontera de lo carnal,
Prendas de vestir para un monarca inexistente,
Intrahistoria,
Protohistoria,
Subhistoria.

JUGUETES ROTOS II

Creo que lo acaecido nunca endulzará los labios de mi memoria.
Y me creo con derecho a abominar de nuestro nombre y nuestros rastros.

Drogados con opio y ginebra

Se les dejaba morir,

Era en el XVIII.

Los estercoleros estaban repletos de pequeños cadáveres,

Cuando llegó al fin, como una nube gris,

La justicia burguesa.

Envueltos en ella aparecieron Inklusas y Orfelinatos.

Pero las Amas de Cría tenían que economizar, incluso caricias.

La mayoría de ellos moría durante su primer y único año.

Nada tendrían que agradecer a aquellas sombras que tantas veces les harían añorar sus anteriores sufrimientos.

Ahora es tiempo de balances. Dicen que el progreso ha erradicado el canibalismo y el infanticidio, aunque no el hambre y las guerras.

Y ayer, tres de junio de mil novecientos ochenta y seis,

en Viena, un médico de treinta y tres años se suicidó después de haber asesinado a sus tres hijos. No tenía problemas económicos ni conyugales.

JUGUETES ROTOS III

Seguimos teniendo presentes las rimas y las leyendas, el romanticismo
espasmódico, tísico y tardío.

¿Cual debe ser el tratamiento?

Pura catarsis, para mí y tal vez para algún otro que me lea.

Aunque, a pesar de todo, ¡ser romántico es hoy tan necesario!

El romanticismo es razón, amor apasionado a la razón.

El romanticismo es desequilibrado equilibrio,

Matemática lujuria.

Categorías lógicas y ontológicas,

Saber elemental.

Necesitamos amor a lo firme, voluntad de firmeza.

Puedo asegurarte que el suicidio, la enfermedad y la impotencia no son ya
atributos románticos.

TIEMPO

Ayer.

Tanto por hacer.

Subir, subir,

Trepando con esfuerzo hacia el vértice del témpano de hielo,

Emergido en tres de sus cuatro hipotéticas partes

En nuestra equívoca suma de experiencias.

Caer, caer sintiendo un horroroso pellizco en el estómago,

Caernos por el hueco de una escalera

Con principio y final desconocidos.

ARTISTAS

Cómicos, cómicos.

¡Acelera!

¡Molinillo, chocolate, corre-corre,

Que te pillo!

Chaquetas de pata de gallo,

Gomina, falsa piel, perlé,

Gorras y guantes,

Corbatas, labios pintados,

botas altas, tacones de papel.

Barcelona es bona,

lo demás, a veces, también

Carreteras,

Carreteras de España

Amargas como tueras.

YA ESTOY AQUI

Aquí me tienes,
Mirándote a los pies.
No me atreveré a alzar la vista antes de que acabe la noche.
Soy el mismo, soy el de ayer.
El que esperó otra aurora,
Ética espera aquella.
Todo pasa y todo queda y lo nuestro es deseo
De permanecer pasando,
Correr lo más aprisa que podamos,
Para ver si conseguimos quedarnos para siempre en el mismo sitio.
Ya ves, no soy lo mejor que puedes conseguir,
Nunca he sido un buen partido.
Estoy loco por tí.

JAUME SISA HIZO PARA TI UNA PAJARERA EN SU JARDIN

Los nidos del amor se mecen frente a un fondo de sal reseca.

Vuela sin gracia una paloma negra.

El gorrión, saltarín y regordete,
Es el primero en presentarse al festin de los mendigos.

Sigo aquí, como si nada,
Aguardando entre sonrisas
A que el azul se rompa en multitud de puntos blancos.
Será el último destello de mi conciencia,
Me vencerá la dulzura de los sueños,
Y el precario equilibrio perdido
Hará aún mayor tu ausencia.
Me iré al fin.

I N D I C E

PROLOGO	5
I.-ADAGIO: <i>Luis Natera, o la serenidad clasicista</i>	6
II.-ANDANTE: <i>Jorge L. Miranda, o el alegorismo hermético</i>	9
III.-ALLEGRO MA NON TROPPO: <i>Domingo Fernández</i> <i>Agis, o la lírica de reflexión escéptica e irónica</i>	12
 LUIS NATERA MAYOR:	
<i>Conversaciones con mi hijo</i>	17
El Padre	18
El hijo	30
 JORGE L. MIRANDA GONZÁLEZ:	
<i>Claustro del Moribundo</i>	37
 DOMINGO FERNÁNDEZ AGIS	
I.- <i>Líneas de fractura. Diecisiete aforismos míos y uno prestado</i>	51
II.- <i>Secuentes. Dieciséis poemas</i>	59

I.S.B.N.: 84 - 604 - 5686 - 2